



Os avanzamos el prólogo y un fragmento del primer capítulo. ¿Quieres seguir leyendo? En librerías a partir del **7 de mayo**

Más información en:

<http://www.planetadelibros.com/el-cambio-comienza-en-ti-libro-92351.html>

DESTINO

PRÓLOGO

DOS AÑOS DE ACIERTOS Y ERRORES POR UNA SOCIEDAD MÁS JUSTA Y DEMOCRÁTICA

Cuando nos propusieron escribir un libro que ofreciera un panorama de las alternativas que tenemos los ciudadanos para cambiar la lamentable situación política, económica y social que atraviesa nuestro país y los pasos a seguir para aplicarlas, sentimos una enorme responsabilidad. De inmediato nos planteamos una pregunta: ¿éramos las personas idóneas para responder a todas estas inquietudes?

Con total seguridad, existen activistas, académicos y políticos con más credenciales para exponer un concienzudo análisis del estado del país, de los distintos paradigmas ideológicos que pueden orientarnos para afrontar esta situación, y de las medidas que se deben acometer para salir del hoyo en el que nos encontramos. Por eso, no ha sido nunca nuestra intención llevar a cabo un análisis cargado de rigor académico, ya que estimamos que hay expertos mucho mejor preparados que nosotros para realizar esta labor, sino hablar desde nuestra experiencia, mostrar cómo vemos lo que vemos, y cómo creemos que deberíamos verlo.

En estas páginas pretendemos trazar un cuadro alejado de los estudios sociológicos y políticos del ámbito universitario o de los pormenorizados planes anticrisis recetados por economistas de uno y otro bando. Lo nuestro es mucho más humilde, pero también más descarnado, más a flor de piel, más a pie de calle y a la altura de nuestros conciudadanos.

Queremos, simplemente, aportar nuestra visión acerca de la realidad que tenemos delante, como jóvenes a los que les ha tocado vivir en una España cuyas viejas estructuras se están derrumbando

al tiempo que una crisis feroz pone en riesgo nuestras vidas y nuestro futuro. Aquí hay dos jóvenes de 25 y 28 años que, a la vista del momento histórico que están afrontando, se plantean este reto: ¿sabremos aprovechar esta difícil circunstancia para convertirla en una oportunidad? ¿Seremos capaces de plantear los cambios que necesita nuestro mundo para hacer realidad una sociedad más justa, equilibrada y democrática?

Tras dos años de intensa implicación en los movimientos sociales que están luchando contra el sistema corrupto y perjudicial que dirige el país, hemos vivido muchas situaciones, y muy diferentes. Desde nuestra condición de jóvenes concienciados no vinculados a ninguna corriente política de forma previa, hemos tenido la oportunidad de participar en diferentes plataformas en la red, de asistir a multitud de asambleas y de organizar diferentes acciones, tomando contacto con grupos en los que convivían los más diversos puntos de vista ideológicos.

Hemos disfrutado de grandes momentos: experimentamos la emoción del éxito de las manifestaciones del 15 de mayo de 2011, organizadas por un puñado de personas; participamos en la gestión de la manifestación internacional del 15 de octubre de 2011, en coordinación con decenas de ciudades de todo el mundo; asistimos a la puesta en marcha de un movimiento *online* sin precedentes en nuestro país, cuando Pablo lanzó en febrero de 2013 una campaña en Change.org para conseguir firmas pidiendo la dimisión de los responsables del PP presuntamente implicados en casos de corrupción y en menos de una semana reunió más de un millón.

Pero también hemos pasado situaciones muy duras. Hay una que especialmente recordamos con dolor: la escisión de la plataforma ¡Democracia Real Ya!, convocante de las manifestaciones del 15 de mayo de 2011, a la que acudimos con un lema, un manifiesto y unos objetivos que posteriormente fueron replicados en multitud de ocasiones por gran parte de la ciudadanía. A pesar de los logros alcanzados, no fuimos capaces de conciliar las distintas corrientes que había en el seno de la plataforma. El clima de tensión y crispación que soportamos tras varios meses de duro trabajo nos llevó a algunos a actuar erróneamente, al tratar de hacer evolucionar a ¡Democracia Real Ya! hacia una plataforma para el cambio social que fuera organizada, cohesionada y democrática. Al final

conseguimos lo contrario: una división que pudo haberse evitado.

Este periplo agridulce nos ha proporcionado una experiencia y un aprendizaje que consideramos importante plasmar para que otros sepan qué está pasando en nuestro país, qué están haciendo para cambiar las cosas muchas personas y colectivos que se encuentran a tu alrededor, y qué puedes hacer tú para unirse a esta lucha por una sociedad distinta y mejor a la actual, de una forma constructiva, dialogante y positiva.

Si te lanzas a la aventura del cambio, aprenderás, cometerás errores y muchas veces te atraparás el desánimo. Pero la satisfacción de haberte puesto en marcha para hacer realidad un mundo mejor para ti y para tus hijos te hará sentir que ha valido la pena. Nosotros somos el mejor ejemplo de lo mucho que cualquiera puede aportar en la lucha por conseguir una sociedad más justa. También somos la prueba de que la mejor forma de hacerlo es aprendiendo a escuchar, dialogando y pactando con los demás.

A través de esta obra queremos compartir nuestras experiencias e ideas contigo, mostrarte algunos de los procesos de cambio que ya están empezando y animarte a que tú también des un paso y tomes la iniciativa.

Queremos dedicar este libro a todas las personas que siguen peleando codo con codo con nosotros; a aquellos que, aun no peleando, comprenden esta lucha y nos animan a seguir, aunque sepan los sacrificios y la inversión de tiempo que supone; a todos los que compartieron el espíritu del 15-M y se ilusionaron durante este tiempo con la posibilidad de que una red de ciudadanos pudiese constituirse como contrapoder frente a los abusos de los poderes políticos y económicos; y, en definitiva, a cualquier persona que se siente indignada ante la injusticia y tiene ansias de cambio.

No lo olvides: no habrá cambios en pro de la democracia real y la justicia económica hasta que los ciudadanos, organizados y legitimados democráticamente, decidamos impulsarlos. Sea donde sea, seguiremos trabajando para ello y te animamos a que tú también lo hagas. Porque ahora es el momento. Porque todos debemos ponernos en marcha. Porque, al fin y al cabo, el cambio comienza en ti. De ti depende.

Madrid, 20 de marzo de 2013

CAPÍTULO 1

RAZONES PARA EL CAMBIO

La crisis se produce cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer.

BERTOLT BRECHT

LA CRISIS: SU GRAN COARTADA... ¡Y LA NUESTRA!

A fuerza de oírla y pronunciarla a diario, la palabra crisis se ha convertido en el término que mejor define el espíritu de nuestro tiempo. Si hay algo que todos hemos acabado dando por cierto e indubitado —los de un bando y los del otro, los de arriba y los de abajo— es que vivimos días de crisis. Sin embargo, resulta revelador que la acepción de esta palabra que ha acabado echando raíces en la conciencia colectiva de la población sea la más negativa.

Es comprensible que ahora mismo sólo nos quedemos con este reverso oscuro, dada la angustia y desesperanza que atenazan a gran parte de la población a causa de las dificultades que estamos viviendo. Pero si echamos un vistazo a la definición que ofrece el Diccionario de la Real Academia de la Lengua acerca de este concepto, encontraremos hasta siete interpretaciones distintas. Llamativamente, sólo dos de ellas, las que los académicos proponen en último lugar, invitan a la pesadumbre: «escasez, carestía», y «situación complicada y dificultosa». El resto de posibles lecturas de esta manida palabra hablan de escenarios inciertos, pero que de algún modo contienen la esperanza: «momento decisivo en un negocio grave y de consecuencias importantes»; «situación de un asunto o proceso cuando está en duda la continuación, modificación o cese»;

«mutación importante en el desarrollo de otros procesos, ya de orden físico, ya históricos o espirituales».

Con esa mochila conceptual a cuestas, a priori nadie debería sentir aprensión al mirar de frente a una palabra que, curiosamente y abundando en esta reflexión, en otras culturas alejadas de la nuestra también propone miradas poliédricas. En japonés, la palabra crisis se representa con dos grafos: uno significa «peligro»; el otro, «oportunidad».

Entonces, ¿por qué la crisis se ha convertido sólo en la metáfora del sentimiento de depresión, malestar y abatimiento que inunda a nuestra sociedad? Asumiendo que vivimos un momento crítico en nuestra civilización por los cambios que aquél lleva implícitos en múltiples parámetros —desde el tecnológico al ciudadano, desde el geopolítico y mundial al de la conciencia de la gente—, ¿por qué hemos acabado admitiendo que la crisis sólo significa desempleo, bajadas de sueldos, precarización de las condiciones laborales, recortes sociales en educación, cultura y sanidad y desmantelamiento del Estado de bienestar? ¿Por qué consentimos que este trascendental momento histórico que vivimos tenga que ser necesaria y únicamente sombrío y descorazonador, y no el anuncio de algo nuevo y mejor?

He aquí la gran estafa de nuestro tiempo, el timo del siglo, el monumental engaño: los agentes del poder económico han subyugado al poder político, y a través de él a toda la sociedad, para poner el acento en un único rostro de la crisis, el negativo, y de esta forma mantener amedrentada a una ciudadanía que, presa del pánico a perder lo poco que tiene, ha acabado dando por válida la diabólica ecuación que nos quieren imponer. Esa que afirma, solemne y categórica, que el mismo poder económico que condujo al planeta al colapso ahora se ofrece como nuestro único salvador; eso sí, pagando por ello el alto coste que nos quieren exigir. La crisis —en su acepción más macabra y tramposa— que ellos provocaron no sólo se ha convertido en nuestra única y terrible realidad, sino que también se ha erigido en su gran coartada. Es el negocio perfecto.

Basta con ojear cualquier periódico, ver cualquier informativo o salir a la calle y pegar el oído al runrún de la calle para calibrar hasta qué punto la sociedad ha mordido este anzuelo, hasta dónde nos hemos tragado ese diagnóstico que afirma taciturno y rendido, pero sin margen para la duda, que por el hecho de estar «atravesando una

crisis» hemos de acudir con la cabeza agachada a la cola del paro sin protestar; o que debemos asumir que nuestra hora de trabajo valga hoy menos que hace diez años; o que hemos de renunciar a disponer de sanidad y educación gratuitas y de calidad; o que nuestras pensiones de mañana serán mucho peores de lo que fueron las de ayer.

La sociedad, postrada y asustada, parece haber hecho suyo un argumentario ajeno que llega sustentado en ideas y mensajes como: «la culpa es nuestra por haber vivido por encima de nuestras posibilidades»; o «la única manera de salir de esta situación es mejorando nuestra competitividad»; o «no hay dinero para pagar el Estado de bienestar». Macabros lemas que silencian la verdad que esconden: que si en el pasado reciente hubo muchos ciudadanos que se subieron a un determinado tren de vida fue porque la banca auspició la firma de una ingente cantidad de créditos, a través de los cuales lograron incrementar sus cuentas de resultados y que hoy les permiten mantener atenazadas y angustiadas a millones de familias.

Callan que esa diosa de la competitividad a la que adoran no es otra cosa que una egoísta fórmula que propone el máximo beneficio empresarial a costa del mínimo coste social y laboral. Obvian que hace quince o veinte años disponíamos de un Producto Interior Bruto mucho menor del que hoy tenemos, y sin embargo contábamos con unos sistemas educativos, sanitarios y de pensiones dignos y de calidad que, además, habían alcanzado la categoría de incuestionables derechos adquiridos. ¿Cómo es posible que entonces nadie pusiera en duda el Estado de bienestar y hoy éste se esté cayendo a pedazos delante de nuestros ojos porque, según nos dicen, no hay dinero para pagarlo? ¿Y dónde ha ido el dinero? ¿Por qué hay sectores exclusivos y elitistas, como los del lujo y los productos de alta gama, que siguen creciendo y en ellos los euros continúan fluyendo tanto o más que antes? ¿Por qué cada vez hay más ricos en nuestro país y éstos acumulan más y más dinero?

A esto ha quedado reducida la crisis, a esta permanente sensación de habitar entre escombros, miedo e ignominia. O mejor dicho: a esto han logrado que quede reducida en la mentalidad de buena parte de la población. Sin embargo, la crisis no es esto. No es sólo esto. Nos han dicho que es sinónimo, únicamente, de pesadumbre y peligro, pero nos han escondido que también encierra una promesa de oportunidad y cambio. Es nuestra responsabilidad

como ciudadanos, pues nos va la vida en ello como sociedad, darle la vuelta a esa situación y sacar a la luz todo el potencial que late bajo ese paisaje de derribo. Es nuestra misión dotar de vida a las opciones de cambio que hay al otro lado de ese pensamiento único que nos quieren imponer. No, el de los recortes, la *troika*, Merkel, el bipartidismo, la oligarquía política, la obsesión por el crecimiento y el desmantelamiento del Estado de bienestar no es el único camino que hay. Existen otros, y este es el momento de ponerlos sobre la mesa con el fin de ir a por ellos.

La palanca que ha de provocar ese movimiento descansa en un único punto de apoyo: en ti, ciudadano. Probablemente no eres consciente del poder que tienes, aunque está ahí. Dispones de una capacidad para cambiar el mundo que desconoces, pero que está en tus manos. Estas páginas pretenden, a través de la reflexión y la puesta en evidencia de múltiples situaciones contrastadas, demostrar que es así. La toma de conciencia del ciudadano sobre la capacidad que tiene para provocar cambios es la única llave que puede revertir la situación en la que nos encontramos. Es el empoderamiento de la gente lo que nos va a permitir reescribir la historia. Porque, sí, se puede.

Cuando se publica este libro se cumplen dos años de aquel 15 de mayo de 2011, cuando el tejido social español se agitó a la vista de las masas ciudadanas que decidieron salir a la calle a gritar «¡basta!». Ese día se abrió la veda. Gracias a que unos cuantos salieron a clamarlo, desde ese momento todos supimos que el diagnóstico embustero que querían colarnos como única lectura posible de nuestra situación quedaba en entredicho; que la narrativa oficial de la crisis escondía una gran estafa; que el rey iba desnudo, y si esto ya antes lo pensábamos algunos, ahora ya nos atrevíamos a decirlo.

Desde entonces, la semilla de la indignación y la protesta no ha parado de crecer y propagarse. Avanza con el aplomo de la ley de la gravedad, con la parsimonia de la maduración de un fruto en su árbol. Y traspasó fronteras, y contagió nuevos países y comunidades. El tiempo y la lógica de la historia van a su favor. Sin embargo, la hora de la indignación pide ya a gritos que le dé el relevo el instante de las propuestas. Hemos visto el engaño al que nos querían someter, lo hemos denunciado y lo hemos manifestado alto y claro nuestro rechazo. Ahora es el momento para ofrecer alternativas. Porque las hay.

Es hora de dejar la protesta en un segundo plano para dar comienzo a lo difícil: construir. Como activistas presentes en el inicio de la movilización del 15-M, pudimos comprobar que aglutinar a las personas en contra de una injusticia es mucho más fácil que unirlos para edificar una solución. Y ese es el reto que ahora tenemos por delante: darle la vuelta a la trampa en la que nos han querido sumir para reivindicar nuestra dignidad y convertir la crisis en la oportunidad de un nuevo renacimiento ciudadano.

Navegamos en un sistema quebrado, la indignación va en aumento y es fácil que la desesperación nos nuble la vista, pero debemos tener presente en todo momento que ésa que quieren vendernos no es nuestra crisis, sino la de ellos. Nosotros disponemos de otra lectura de este momento crítico que vivimos, tenemos un diagnóstico diferente de cómo y por qué hemos llegado hasta aquí y contamos con ideas, iniciativas y modelos distintos al que nos quieren ofrecer como único posible. Es el momento de plantear nuevas alternativas que tengan por principio y fin al ciudadano, que persigan luchar por sus derechos e intereses y que pretendan hacerlo de forma novedosa: desde abajo, con nuestras armas, empoderando a la gente.

Conviene, no obstante, echar antes un vistazo detenido al panorama que tenemos delante y hacer inventario de nuestras razones para el cambio. Explicar por qué los sistemas sociales, económicos y políticos en los que vivimos hacen posible que nos sobren los motivos para ponernos en marcha.

UNA SOCIEDAD SIN ALMA PARA CIUDADANOS SIN CONCIENCIA

Si sometiéramos nuestra situación a la prueba del microscopio e hiciéramos descender el análisis hasta las unidades mínimas de nuestro problema, descubriríamos que la raíz del dolor que soportamos se sustenta en los erróneos valores que hemos dado por buenos para construir el mundo en el que vivimos. Por dejadez, confusión, estupidez o afán equivocado, nos hemos permitido el pernicioso lujo de construir la sociedad del «tanto tienes, tanto vales». Los motores que la activan son, de modo casi exclusivo, el dinero, el poder, la fama y lo espurio. A la perpetuación de este régimen colaboran tan-

to los medios de comunicación como el sistema educativo, así como los partidos políticos o la mayoría de estamentos públicos y privados. Vamos todos subidos al mismo barco, aunque unos viajen en camarotes de primera y otros lo hagamos en las bodegas.

Con asombro observamos cómo el modelo de escuela propugnado por las élites dirigentes sigue educando hoy a los más pequeños en los patrones del más brutal y severo darwinismo social, introduciendo en ellos, desde que tienen conciencia, la idea de que la lucha entre individuos y grupos humanos es la única forma de progreso personal y social que existe, en vez de fomentar la solidaridad y la cooperación como pautas de comportamiento y relación. Aunque las teorías educativas más avanzadas alertan de este grave error, se continúa insistiendo en fomentar un modelo que pretende someter a las personas a una progresiva presión por parte del grupo, confiando que de esta forma se produce una selección de los más eficientes, pero ignorando que este modelo no proporciona evolución social alguna, ni mucho menos una mejora de las condiciones de vida para la colectividad.

Esta escuela ha renunciado al que debería ser uno de sus objetivos nucleares, que no es otro que crear ciudadanos críticos dispuestos a hacer un uso responsable del principal de sus derechos: la libertad. Esto implica inocular desde pequeños el instinto de la duda, la sospecha que cuestiona lo establecido. Pero el actual sistema educativo no parece estar interesado en moldear personas que el día de mañana planteen el desmantelamiento de un modelo que hace aguas por los cuatro costados. Sin duda, es más fácil gestionar una sociedad de individuos obedientes y sin criterio personal que una de seres con opinión propia, dispuestos a alertar y protestar cuando se den situaciones de pérdida de derechos como los que actualmente vivimos. Difícilmente una escuela como la que tenemos puede ver con buenos ojos agitaciones como la del 15-M.

De forma pareja, los medios y la publicidad fortalecen un modelo basado en el consumismo rápido y feroz y en un interés desmedido por lo material. Hay urgencia por ser el más rico, el más guapo, el más poderoso. Hay que disponer del mejor coche, coleccionar la mejor experiencia, alcanzar el mayor premio. Todas las señales se orientan hacia la consagración de una sociedad de ganadores, obviando su reverso: que esa es también, a la vez, una sociedad de perdedores.

Imposible verlo: el egoísmo es la droga que mueve el mundo, y ese acicate es suficientemente poderoso como para no ver el rastro de desigualdad, infelicidad y desgracia que va dejando a su paso.

Vivimos en comunidad, pero el patrón que rige nuestras relaciones no es el del máximo beneficio para todos los habitantes de la misma, o al menos para la mayoría. Manda la fórmula del *win-lose*, del yo gano si tú pierdes, en lugar del modelo del *win-win*, en el que la preocupación es que ganemos todos y nadie salga perjudicado. El ciudadano, que debería ser el centro de la sociedad y cuyo bienestar debería perseguirse a toda costa, es utilizado como artillería para causar el perjuicio de otros ciudadanos, lo que genera sentimientos de malestar, culpabilidad y de insignificancia.

Tal y como explica Erich Fromm,¹ la psicología social define el sentimiento de insignificancia como la frustración que siente un individuo cuando focaliza todas sus expectativas de éxito en la superación de un objetivo y, después de cumplir con todo lo que la sociedad le había exigido, no consigue el resultado esperado y se hunde en una sensación de «no ser». Muchos jóvenes de hoy saben de qué va este sentimiento. Se nos dijo que trabajáramos duro y nos esforzáramos para prepararnos mejor que cualquier otra generación anterior, porque de este modo tendríamos un futuro asegurado y haríamos progresar al país. Pero, después de cumplir obedientemente aquella recomendación, lo que encontramos es una tasa de paro juvenil del 50 por ciento y una invitación a buscarnos la vida lejos de aquí.

Resulta descorazonador, desesperante, incluso humillante. Pero el verdadero peligro nos aguarda al otro lado de la frontera que marcan estos sentimientos. La frustración y la desesperación que suponen que uno de cada cuatro individuos en condiciones y con ganas de trabajar no pueda hacerlo —cuando escribimos estas líneas, el índice de paro ha superado ya el 26 por ciento de la población activa—, son el caldo de cultivo perfecto para que anide el totalitarismo. La historia del fascismo y el nazismo del primer tercio del siglo xx son buena prueba de ello. Sólo cuando por las calles alemanas de 1932 vagaban seis millones de desempleados (43,8 por ciento de paro), un «iluminado» pudo encontrar eco a sus mensajes llenos de odio y de chivos expiatorios para la trágica situación que vivía el país: los ju-

1. Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona, 1998.

díos, comunistas, socialistas, socialdemócratas, extranjeros, discapacitados o simplemente aquellos que no pertenecían al partido-salvador-de-la-patria eran los culpables perfectos de su crisis.

Sin apenas darnos cuenta, de manera muy sutil, en la sociedad española también están empezando a instalarse actitudes protofascistas, y no digamos en otros países cercanos con una situación económica más desesperada que la nuestra, como Grecia, donde partidos que se declaran abiertamente neonazis han llegado a alcanzar representación parlamentaria. Existe la tendencia a identificar este ideario con la xenofobia o la homofobia. Sin embargo, no sólo eso es fascismo. También lo es todo planteamiento que tienda a cosificar a las personas y a despreciar la dignidad de los seres humanos.

Si miramos por estas otras lentes, no tardaremos en ver actitudes fascistas escondidas detrás de apariencias demócratas. ¿Acaso no es desprecio a la dignidad de los ciudadanos mantener en vilo a miles de familias sin confirmarles si podrán seguir cobrando la paga de 400 euros con el que cuentan para sobrevivir cuando se les acaba el subsidio del paro, como ha hecho el Gobierno varias veces en los últimos meses? ¿Acaso no es humillante para los desempleados insinuar que están en esa situación porque quieren, porque no se activan para buscar trabajo, como afirman con tamaña desfachatez algunos políticos y creadores de opinión de este país?

Preocupado, un profesor del colectivo Soy Pública nos alertaba recientemente sobre los brotes de protofascismo que estaba empezando a detectar en las aulas. Cuando plantea debates entre los alumnos acerca de la situación del país, este docente ha observado que cada vez encuentra más reflexiones basadas en puntos de vista totalitarios y tendentes al desprecio hacia las personas. A preguntas como «¿Por qué España está en crisis?», muchos de sus alumnos dan respuestas del tipo: «Porque los inmigrantes se traen a toda su familia y no trabajan». Es la peligrosa falacia de asociación, que afirma que las cualidades de un objeto específico se corresponden con las de un grupo general. Otra de las falacias más extendidas es el abuso del ataque personal cuando uno se queda sin argumentos (falacia *ad hominem*), lo que anula cualquier tipo de debate constructivo y, en consecuencia, cualquier atisbo de espíritu crítico.

En la refriega política diaria se dan continuamente claros ejemplos de ese deslizamiento hacia el desprecio absoluto por los ciuda-

danos y los principios democráticos más básicos. Los encontramos, por ejemplo, cuando políticos del Partido Popular utilizan el *argumentum ad populum* (referirse a la supuesta opinión que de algo tiene la gente «en general») para minusvalorar las protestas callejeras contra los recortes sociales con frases o tuits como: «2.000 manifestantes en la calle, diez millones de personas votaron al PP». Obvian así que el apoyo electoral que este partido recibió no les otorga categóricamente la razón, y que esos votantes no les apoyaron en las urnas para que aplicaran estas políticas al llegar al Gobierno, pues no era eso lo que decía su programa electoral, un documento que debería ser sagrado en democracia.

Algo parecido sucede con la forma con la que muchos editoriales de prensa pretenden despachar a las movilizaciones populares, como la del Movimiento 15-M, etiquetándolas de violentas al amparo de la foto de un encapuchado.

El gran peligro de esta cultura de la simplificación, la calumnia y el desprestigio en la que chapoteamos, o en la que nos quieren obligar a chapotear, es que acabe calando en la población y que en medio de la confusión y desencanto general acabe triunfando un nuevo fascismo. Que parte de esa trampa está teniendo éxito lo prueban las reflexiones que todos hemos oído en los últimos tiempos en boca de ciudadanos abocados al nihilismo y el descreimiento total. Nos referimos a todo aquello de: «Si fuéramos políticos, robaríamos igual», o «la política es para ser corrupto y hacer carrera»; o «nos merecemos que nos bajen (o congelen) el salario porque la cosa está muy mal»; o «hay que echar a los funcionarios, porque hay muchos y no hacen nada»; o «hay que eliminar a los sindicatos, porque en este país lo que hace falta es trabajar»; o «el copago es necesario porque la sanidad pública no es rentable».

Basta de cinismo. El clima es complejo, el ambiente está intoxicado, cunde el despiste, pero quienes no aceptamos este memorándum de mentiras tenemos la ardua labor de rebelarnos. Hemos de poner en pie a una sociedad que, si bien está despertando de un gran letargo, a fecha de hoy se encuentra aún confundida y perpleja. Hemos de pasar a la ofensiva, pero esta tiene su propio procedimiento. Frente a las falacias, gritemos bien alto las verdades. Ante la claudicación, reivindicemos nuestros ideales. Contra la sociedad del egoísmo y la competitividad que han impuesto hasta ahora,

construyamos un mundo regido por la cooperación y la solidaridad. Aunque sólo sea porque este otro modelo funcionaría mejor. O por justicia. O por decencia. O por sentido común.

UN SISTEMA ECONÓMICO QUE FABRICA DESIGUALDAD

Según un informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) —entidad nada sospechosa de antisistema— publicado a finales de 2011, la diferencia entre lo que ganaban de media un rico y un pobre en España no ha parado de crecer en las últimas tres décadas y bate récords año a año.² La crisis económica ha supuesto un catalizador para este perverso sistema y ha aumentado vertiginosamente esa brecha. Así, en 2011, mientras el 10 por ciento de los que menos dinero ganaban vieron sus sueldos reducidos por debajo del salario mínimo interprofesional, el 10 por ciento de los españoles mejor pagados incrementaron sus nóminas en un 36 por ciento.

Que un sistema que se nos vende como el más eficaz para mover la economía mundial, o incluso como el único posible, lleve acarreada esta diabólica ecuación que hace cada vez más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, es motivo suficiente para su cuestionamiento y posterior desmantelamiento. Si hay algo antisistema es, precisamente, la lógica de este sistema. Se nos dice que el crecimiento del PIB y la mejora de la competitividad son los pilares sobre los que se sustenta la generación de riqueza, pero debajo de este axioma se esconde la verdadera realidad: esa riqueza va a parar a unas pocas manos, mientras la mayoría de la población asiste a una progresiva merma de su calidad de vida.

Vivimos a bordo de una economía capitalista de carácter corporativista sustentada en un sistema de palancas que proyectan el beneficio en un único sentido: el de unos pocos frente a la mayoría. Mientras las pequeñas y medianas empresas, los trabajadores y los

2. OECD, «Divided We Stand: Why Inequality Keeps Rising», disponible en <http://ima.genes.publico-estaticos.es/resources/archivos/2011/12/5/1323089307521ocde.pdf>.